

**Luis MARIANO**  
**NICOLE MAUREY** ★

EDICIONES BIBLIOTECA FILM

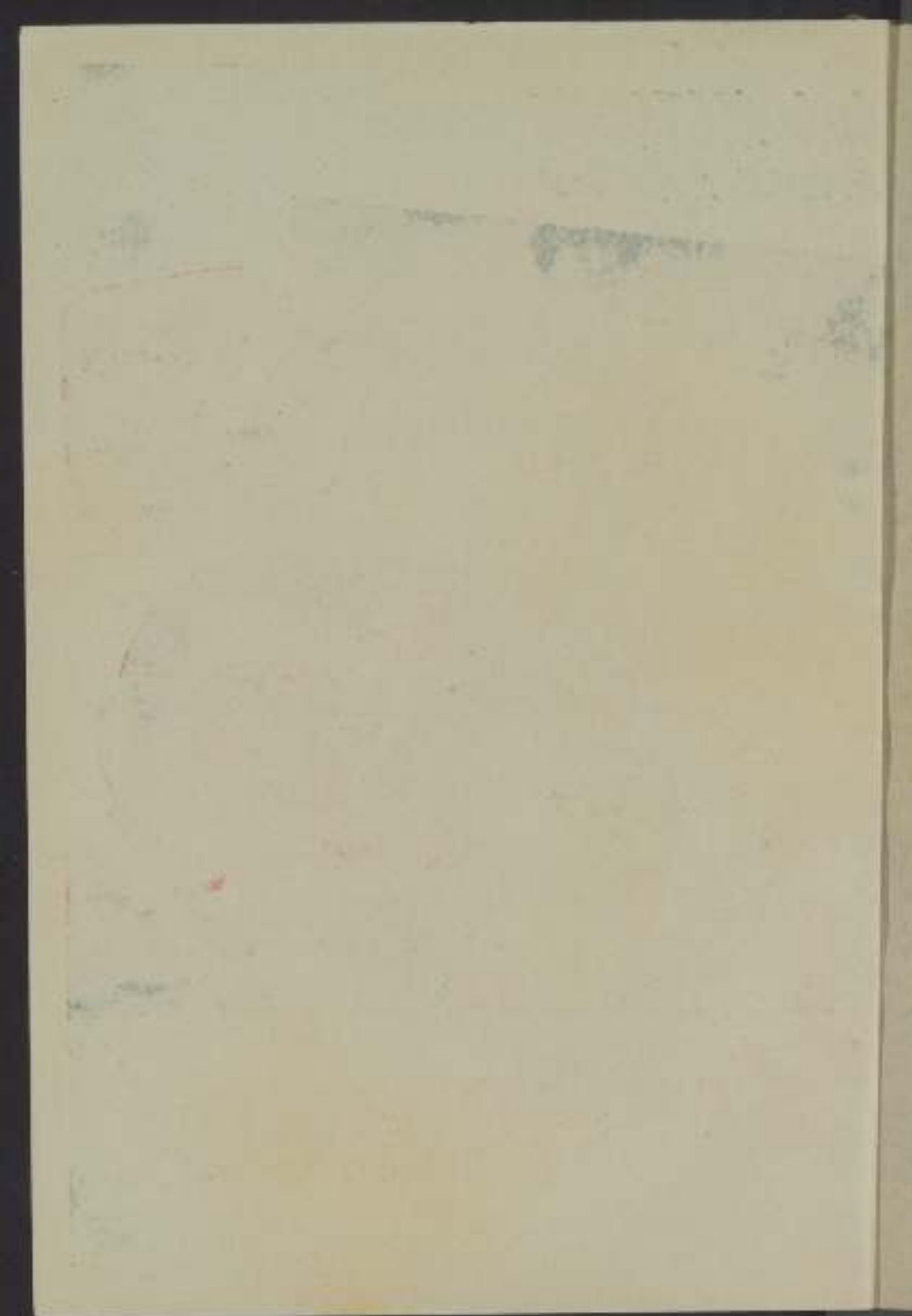
Tramontana



TÍTULOS DE  
LAS CANCIONES  
CHIKITIN  
ROMANCE DE AMOR  
NENA  
CITA EN GRANADA



*Cita en* **GRANADA**





CITA EN  
GRANADA

Reservados los derechos de  
educción y reproducción

ARTES GRÁFICAS ESTILO  
Valencia, 234 - Teléfono 27 06 37  
BARCELONA

# EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAQUER

Apartado 707 - BARCELONA - Teléfono 70657  
Valencia, 234 - Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENTE DE VENTAS Sociedad General Española de Librería  
Barbarrá, 16, Barcelona - Tenuera, 4, Madrid

EDITORIAL

"ACS"



AÑO XIX

SERIE ESPECIAL

NUM. 160

NUM. 409

## CITA EN GRANADA

Un episodio amoroso entre un artista de club nocturno  
que triunfa ruidosamente y la mujer que le quería  
de verdad, de lo que él no se dió perfecta  
cuenta hasta que ella huyó de su lado.

Convencido de su mal proceder co-  
rrió en su busca hasta encon-  
trarla y decirle que para él  
no había otra mujer  
en el mundo.

---

Una producción SIRIUS

Distribuida por

**Alianza Cinematográfica Española, S. L.**

Córcega, 271 - BARCELONA

**PRINCIPALES INTERPRETES**

---

Mario Dacosta	Luis Mariano
Manina	Nicole Maurey
Maxime Saintal	J. Tissier

---

Director

**RICHARD POTTIER**

---

---

Narración literaria de  
**Marcos Estrada**



---

## UN ARTISTA DE FAMA

Indiscutiblemente era el ídolo de París.

Mario Docosta, el cantante, el bailarín, el que con su arte llenaba el salón todas las noches. El mismo «show» sin Mario habría sido una cosa muerta, sin interés alguno, pero en cuanto él asomaba su sonriente semblante en el escenario vibraba la sala se animaban los coristas, la orquesta sonaba mejor y todo cobraba vida. Mario se abría paso entre las dos filas de bellezas que eran las «Blue Bell Girls» y entonaba la canción a la moda que él había impuesto.

### "CHIKUITIN"

Chiquitín, chiquitín, chiquitín,  
chiquichiqui, chiquichiqui, chiquitín,  
el nuevo compás brasileño.

Chiquitín, chiquitín, chiquitín,  
chiquichiqui, chiquichiqui, chiquitín,  
es samba, es samba y bolero...

Tú verás  
al bailar  
en estilo occidental,

que esto es un elempis  
con locura tropical.

Chiquitín, chiquitín, chiquitín,  
chiquichiquí, chiquichiquí, chiquitín  
tu fin va a ser un botiquín.

En China, en Indochina,  
Cuba o Paraguay  
las gentes enloquecen con tal guirigay  
que pronto va a imponerse  
desde el Boletín  
que baile el mundo el Chiquitín.

Chiquitín, chiquitín, chiquitín,  
chiquichiquí, chiquichiquí, chiquitín,  
el nuevo compás brasileño  
chiquitín, chiquitín, chiquitín,  
chiquichiquí, chiquichiquí, chiquitín  
es mambo, es samba, es bolero.

Tú verás  
al hallar  
en estilo occidental,  
que esto es un elempis  
con locura tropical.

Chiquitín, chiquitín, chiquitín,  
chiquichiquí, chiquichiquí, chiquitín  
tu fin va a ser un botiquín  
tu fin va a ser un botiquín — BIS.

*Letra de: J. M. de Arasomona.*

*Música de: Francis López.*

Los aplausos llegaban hasta el despacho de la empresa y el encargado sonreía satisfecho porque aquel entusiasmo representaba colas ante la taquilla y dinero que entraba en la caja.

El timbre del teléfono interrumpió los pensamientos de aquel señor.



—Diga... diga, si el empresario. ¿Con quién desea hablar? No, no puede ser. Es completamente imposible. ¿Cómo? ¿Que por qué? Porque el señor Dacosta está en escena. ¿De parte de quién ha dicho? ¿Del comisario? En la comisaría... en ese caso veré si puedo avisarle... espere un momento, vaya, está usted de suerte, en este momento empieza el entreacto.

El empresario dejó el aparato encima la mesa y se acercó a Mario Dacosta que entraba sonriente, satisfecho de la ovación que acababa de dedicarle el público.

—Señor Dacosta, le llaman a usted al teléfono.

—No tengo tiempo para llamadas telefónicas — dijo mientras saludaba a una encantadora rubia que estaba esperando—. Cuelgue el aparato.

—Pero... es que se trata de la policía.

La rubia tomó la palabra.

—Aunque se trate de la policía, le ha dicho que cuelgue el aparato.

Mario reaccionó al oír de nuevo la palabra policía, esta vez en boca de la bella Simone.

—Un momento. Atenderé a la llamada.

El joven artista cruzó el despacho y cogió el aparato.

—Diga... Sí, soy yo. ¿De qué se trata? Sí, sí. Bien, de acuerdo, iré tan pronto como termine el espectáculo.

Colgó Mario el teléfono y volvió hacia donde estaba Simone.

—Si no he entendido mal — dijo ella un poco agriada — esta noche tampoco estarás libre. ¡Magnífico!

—Lo siento mucho, Simone, voy a explicarte lo que ocurre.

—No es necesario, ya lo he entendido, ya me doy cuenta — exclamó Simone furiosa, y cubriéndose con el abrigo de pieles salió del despacho como una flecha.

El empresario y Dacosta se miraron y se echaron a reír.

—¡Chiquitín! ¡Chiquitín! ¡Chiquitín! — cantó Mario de acuerdo con su último éxito.

Tan pronto hubo terminado Mario su actuación salió del local y en su coche emprendió el camino de la comisaría de policía que le había llamado. Entró un poco nervioso en aquel lugar, pero

ante la sonrisa amable del comisario se tranquilizó en seguida.

—Buenas noches, señores. ¿Me han mandado llamar?

—¡Ah! Señor Dacosta, — exclamó el policía encantado de tener ante él a tan famoso artista —. Perdón que le hayamos molestado, y sobre todo a estas horas de la noche, pero ya sabe usted, el reglamento es el reglamento...

—¡Claro! ¡Claro! Usted dirá...

—Yo tengo la obligación de comprobarlo todo, hacer el careo, levantar acta...

—Naturalmente — contestó Mario sin saber adónde iba a parar aquel buen hombre con tanta rodeo.

—Es para explicarle, por ejemplo, que la otra noche detuvimos a un individuo que dijo que era hijo de un académico, comprobamos y...

—¿Es para decirme esto que me ha llamado? — preguntó Mario escamado.

—No, no, es referente a un tipo que hemos detenido hace poco en el cabaret Casanova, que ha roto infinidad de cosas y sale diciendo que es padre de usted — y el comisario echó a reír estrepitosamente —. ¡Padre de usted! ¡Lo que tiene uno que oír! Lemoine, traiga usted al detenido.

Mientras un policía iba a buscar al culpable, el jefe se esmeraba en hacerse agradable a Dacosta.

—Terminaremos en seguida—señor Dacosta—y si continúa metiendo escándalo, ya lo arreglaré yo. Usted diga sencillamente que no le conoce y ya verá como otra vez se guardará muy bien de decir «mi hijo» por aquí «mi hijo» por allá.

En aquel momento apareció de un calabozo de jefatura un hombre entrado en años, con semblante de juerguista. Al ver a Mario una sonrisa de benevolencia le transfiguró.

\* —¡Hijo mío! Mario, déjame que te explique.

—¿Qué es lo que has hecho esta vez? — preguntó Mario indignado —. ¿No te da vergüenza?

—Pero ¿por qué he de avergonzarme? Si ha sido la cosa más sencilla del mundo.

El jefe de policía no salía de su asombro. Miraba a Mario y miraba al viejo verde.

—Entonces... entonces, es usted, él es... vaya, vaya vaya.

—Pues sí — dijo el viejo Maxime Saintal, retando al policía — ya soy, él es, nosotros somos... y usted es completamente «chiquitín».

—Papá, por favor — exclamó Mario indignado.

—Es que yo no podía creer semejante parentesco — dijo el policía —. El...

—¿A quién se refiere usted al decir «él»? — preguntó Maxime.

—A usted. Si se llama Maxime Saintal y su hijo Mario Dacosta ¿cómo me aclaran este embrollo?

—Porque es mi padre adoptivo — explicó Mario.

—Sí, señor. Es mi hijo adoptivo y esto no tiene nada de extraordinario, no tenía que contarles a ustedes toda mi vida, supongo.

—Bien ¿qué ha pasado en el Casanova? — preguntó Mario.

—Pues... poca cosa — dijo el policía.

—Me pone nervioso este hombre — dijo Maxime.

—Ha roto copas, platos, vitrinas, espejos, en fin; su padre se ha divertido un poco — explicó el policía.

—¡Divertido! ¡Divertido! No señor, estaba furioso, estaba fuera de mí y si supieras por qué...

—No quiero saberlo — dijo Mario —. Ahora ¿qué tenemos que hacer?

—Pues líenos de aquí — contestó Maxime — ¿supongo que no podemos quedarnos a dormir?

—¡Claro que no! — repuso el policía —. ¡Está usted en libertad!

—No se lo había dicho yo, jefe — dijo Maxime con una risita irónica dedicada al policía.

—Papá, harás el favor de dar las gracias al señor comisario.

—Adios, muy buenas y muy agradecido.



## EL HIJO DE LA FARANDULA

Gracias a su arte de buen cantante Mario Dacosta disfrutaba de una posición envidiable y su hotelito particular en una de las calles más distinguidas de París rivalizaba con las de los Rothschild, Saint Jacques o Van der Berg. Allí estaba instalado con su servidumbre y también vivía con él Maxime Saintai, realmente su padre adoptivo.

Mario estaba terminando de vestirse y ya había olvidado la aventura de Maxime cuando su criado Jean llamó a la puerta de su habitación.

—Acaban de traer esta carta, señor — dijo entregándosela.

—Quince copas corrientes — leyó Mario — cinco copas de champaña, dos espejos, cuarenta por sesenta centímetros, uno biselado, una lámpara de cristal veneciano; total, ciento sesenta y cuatro mil trescientos veintitrés francos. Pero ¿esto qué es? Yo no he pedido nada.

—¡Ah, sí! Ya lo sé... la última jugarra de mi padre. ¡Vaya a buscarle!

—No lo sé, señor, no sé de qué se trata, lo ha traído ahora mismo un botones del cabaret Casanova.

Jean cruzó los pasillos que separaban las habitaciones de Mario de las de Maxime y llamó con los nudillos.

El viejo hombre de circo estaba haciendo sus ejercicios de costumbre.

—¡Ah! Estoy perdiendo la forma, ¡Adelante! — contestó al oír que llamaban.

Entró el criado y vió como Maxime tenía dificultades para levantarse.

—Llega usted a tiempo Jean, no consigo ponerme en pie. Este es el movimiento más difícil. Cierre la puerta. Una simple corriente de aire y ya estamos fastidiados.

—Bien, señor.

—¿Un poco de cañac, Jean? Esto le dará fuerzas.

—El señor es muy bueno.

Se oyó la voz de Mario en el corredor.

—¿Qué es lo que hacen? ¿Vienes o no? —preguntó entrando en la habitación, dándose perfecta cuenta de que escondían la botella del cañac.

—Jean — dijo Mario — ¿quiere dejarnos solos?

—Bien, señor.

Solos los dos hombres, Mario cara a cara con su padre adoptivo, le mostró la factura del cabaret.

—¿Qué te parece está?

—Ya sé que me vas a reprochar, que ¿por qué me quedé en el Círculo hasta las cuatro de la madrugada?... pero es que el doctor me ha dicho que si día que me acueste temprano estoy perdido.

—¿Y quién es tu médico? — preguntó Mario asombrado.

—Es el médico del Círculo... sí, ya sé lo que me vas a decir, que haga mal en jugar a la Bolsa. ¡Pues no señor! La Bolsa es una cosa moral ya que las buenas acciones siempre obtienen su compensación.

—Pero si pierdes siempre.

—¡Oh! ¡Dinero! ¡Dinero! ¡Eso es lo único que importa! Se tenga o no se tenga, se gasta lo mismo.

—Pero, papá, si todo el mundo hiciera como tú...

—Pues todo el mundo lo hace. Yo nunca ahorré nada y no voy a empezar ahora, a mi edad. No me arrepiento de nada, mi vida ha sido hermosa, he sido alguien. Mira, he sido el hombre más célebre de la Feria del Trono, ese soy yo — exclamaba Maxime entusiasmado enseñando cuadros y trofeos a Mario—. Llevaba en mi compañía al que rompía cadenas, la Torre Eiffel de

los luchadores, Bébér, el gorila de Batignolles y yo era El Gran Maxime...

—...y dueño del Capitol — agregó Mario contagiándose del entusiasmo del viejo.

—Sí... que no era moco de pava.

—¿Te acuerdas de aquél día...? — insinuó Mario.

—Eran los tiempos felices en que todo iba bien. El circo es cosa de poesía que nada tiene que ver con los negocios. Viví demasiado bien y lo perdí todo. Pero tuve una satisfacción: el día en que empecé a eclipsarme, tú comenzaste a brillar y no quiero que te enfades, estoy cansado de reproches. Déjame que siga con mi cultura física tranquilamente.

—Creo que anoche hiciste ya bastante ejercicio y no hablemos más del asunto. Pagaré y en paz.

—Sí con eso te contentas...

—¿Quieres contarme? Pues olvida el juego, las carreras, la Bolsa y hasta tus éxitos profesionales.

—Lo haré con mucho gusto... si me acuerdo.

—Ahora acaba de vestirme y sal a la calle a tomar un buen trago de aire puro. ¿Me lo prometes?

—Prometido. Un gran trago de aire puro.

### UN VIEJO VERDE

Lo del trago hizo pensar en otra cosa a Maxime y esta era su bar favorita donde le conocían hasta las sillas. Era un local lujoso, frecuentado por gente elegante, a la que él estaba acostumbrado.

El encargado del mostrador le saludó sonriente.



—Buenos días, señor Maxime.

—¡Hola! Buenos días. Sirvame un trago de aire puro...

El «barmán» le miró extrañado.

—...con mucho whisky.

—¡Ah! Esto ya lo entiendo mejor.

Le sirvieron lo que había pedido y el «barmán» le dijo en voz baja:

—Señor Maxime ¿supongo que no me habrá olvidado usted?

—No, no. Tengo otras muchas cosas que olvidar.

—Entonces ¿trae usted mis cincuenta papiros?

—¡Ah! Los cincuenta mil francos... ¿pero de dónde quiere usted que los saque?

—De dónde los saca siempre... me prometió pedirselos a su hijo.

—Sí, es cierto — admitió Maxime un poco compungido —, pero aun no he encontrado el momento. Es cuestión de psicología y prefiero esperar.

—Pues yo no. Esta noche cerrarán la caja y me es indispensable tener mis cincuenta billetes. Arrégleselas usted como pueda...

—No sé lo que dirá él... y hoy no puedo hacer nada. Es miércoles.

—¿Y eso qué importa?

—Que no veré a Mario hasta mañana.

—¿Por qué motivo?

—Porque el miércoles es su día de fiesta y mi hijo desaparece hasta el jueves por la mañana.

—Pues vea usted la manera de encontrarlo.

—Usted es muy indiscreto... yo ni siquiera sé donde va. Ya es mayor de edad ¿comprende? Hace lo que quiere y yo no me meto en nada.

—Pues esta noche se meterán conmigo si no tengo esos cincuenta billetes, y todo por culpa de usted.

—¡Oh! No diga usted esas cosas, hombre, que me da mucha pena. En fin, voy a hacer un esfuerzo. ¿Qué hora es? Quizá Mario no se haya marchado todavía. Anote usted eso en mi cuenta.

—¿Nada más?

—Pues no, veré... Soy tan distraído que vine sin dinero, no llevo ni para tomar un taxi, de modo que si usted pudiese...

—Lo siento mucho, no puedo.

Era inútil intentar sacarle ni un franco más al «barmán» sin antes pagarle lo que se le debía, por lo que Maxime, que no era tonto, salió del bar y montó en el primer taxi que se le puso delante. Alguien pagaría la carrera. Dió la dirección del domicilio de Mario y llegaron allí cuando el coche del artista emprendía veloz marcha hacia las afueras.

—¡Mario! ¡Mario! —gritó Maxime, pero era imposible que le oyera—. Chofer debemos seguir ese coche y alcanzarlo. ¡Corra tanto como pueda!

¿Cómo podía un destartado taxi parisino con un chofer viejo alcanzar el último modelo de un descapotable americano? La lucha era demasiado desigual y por más que Maxime alentaba al chofer la distancia entre los dos vehículos cada vez era más grande y pronto se perdió de vista el de Mario. Entonces se entabló una discusión entre el chofer y Maxime. Los dos querían tener razón y no lograban ponerse de acuerdo.

—Le advierto que esta carrera le va a costar muy cara —dijo el chofer.

—¿Cuánto?

—¡Mil francos!

—Bien.

—¿Por qué tiene tanto interés en alcanzar aquel coche?

—Para pedirle un milagro.

—¿Los mil francos?

—No, cincuenta mil.

—Pues le va a ser difícil porque ya le hemos perdido de vista y aquí hay un cruce.

—Tengo que parar, el indicador marca cero, tengo el depósito vacío.

El chofer arrimó el taxi al poste de gasolina donde una radio dejaba oír las alegres notas de la canción «Chiquitina». Salió una joven a atenderles y Maxime se dirigió a ella.

—Señorita, ¿no ha visto usted hace poco pasar un coche tarpedado, grande, azul...?

—A decir verdad, no me he fijado, pasan tantos. ¿Cuántos litros desean?

—Cuando subí al taxi podía haberme dicho que no tenía gasolina — dijo Maxime indignado.

—Usted debió haberme dicho que pensaba hacer un viaje por carretera.

—Son quinientos setenta francos — dijo la joven.

—¿Quiere usted pagar la gasolina a cuenta? — preguntó el chofer a Maxime.

—¡Eso es un abuso! De modo que se queda usted sin gasolina con un cliente y todavía pretende que la pague él, vamos... ¡hombre!

—Es que ya empieza usted a deberme una bonita suma ¿no se ha fijado en ello?

—¡Oh, sí! No lo dudo, el taxímetro marcha más rápido que su coche.

—En fin, ya pagará yo, y ahora quisiera saber ¿adónde vamos?

—Yo también — exclamó Maxime — se ha ido por aquí, por ahí ¡cualquiera lo sabe! De todos modos parece que se oye todavía el coche y si no conseguimos atraparlo...

—¿A quién buscan? — preguntó la joven del poste de gasolina.

—Al señor Dacosta — replicó Maxime.

—¿Al señor Dacosta? Yo le conozco muy bien, pasa por aquí con frecuencia camino de Las Glicinas.

—¿Las Glicinas? — repitió Maxime intrigado.

—Sí, por allí arriba, cerca de aquí. Un día le seguí para saber donde iba. Viene a ver a una joven muy guapa... todas las miérgoles.

—¡Todas los miérgoles! — murmuró Maxime en voz baja.

—Sí, es su gran amor y no la deja recibir a nadie. A ella no he podido verla nunca, sólo sé que se llama Manina.

—¡Manina! — dijo Maxime.



—Pero a mí la vida privada de los artistas no me interesa en absoluto — dijo la joven.

—Sí, sí, ya se ve que no le importa — dijo Maxime irónico —. Gracias, señorita, gracias. Volveré con frecuencia.

—Yo también — dijo el chofer dándole la mano.

—Sí, pero yo volveré solo — aclaró Maxime.

## LAS GLICINAS

El viejo taxi se puso en marcha con sus dos originales ocupantes y pocos minutos después hacían alto ante una sobria puerta de madera que cerraba un alto muro. Sin duda esta finca era Las Glicinas y ahora sería cuestión de penetrar en el jardín y luego en la casa. Maxime se apeó y llamó el timbre de una puerta más pequeña que seguramente estaba destinada al servicio. Sus timbrazos se perdían en el vacío y nadie acudía a abrir. Pues ya que estaba allí y había localizado el sitio donde su hijo pasaba los miércoles y no era cuestión de volver atrás sin que le diera las cincuenta mil francos. Era indudable que nadie acudiría a su llamada y desandando algunos pasos decidió escalar la pared, tarea un poco ardua para un hombre de su edad. Pero él había sido el rey del circo y ahora lo demostraría una vez más. Se encaramó como pudo, pero no le era posible llegar arriba para saltar. El chofer que no los tenía todos consigo fué a ver que era lo que hacía su cliente y le cogió en el momento difícil de saltar.

—¿Qué hace usted? — preguntó el mecánico.

—Voy a buscar dinero para mí y para usted.

—Pues vaya un sistema más tranquilizador. Es usted un personaje muy raro.

—Es que tengo mucha prisa ¿Quiere ayudarme?

—¡No! Yo no sirvo para eso... si comete usted algún delito, yo sería cómplice.

—Le garantizo que no corre ningún riesgo.

—Eso es lo que se dice siempre.

—Entonces prefiere perder su dinero...

—No. ¡Al punto que ya ha llegado! ¿Valdrá usted? ¿No hay otra salida? ¡Qué día!

Con un poco de ayuda por parte del chofer, Maxime pudo saltar la pared y penetrar en el parque de Las Glicinas que era realmente encantador. Unos árboles centenarios ofrecían una magnífica sombra, parterres con flores, sillas y mecedoras para amables reuniones, todo ello respiraba una paz y bienestar maravillosos. Maxime miraba de un lado a otro y al divisar la casa en el fondo de una avenida, casa muy antigua con las paredes cubiertas de hiedra, se le hacía difícil adivinar cómo podía ser la beldad que ocupaba esta jaula dorada. Penetró en la casa y allí vió una elegante camarerita que preparaba unos refrescos. Cuando la chica alzó los ojos y vió a Maxime dió un grito de espanto.

—¡Señorita! ¡Señorita! ¡Señor! ¡Socorro! — y echó a correr hacia el parque donde estaban los señores.

—¡Cállese! ¡No diga nada! — pudo decir Maxime y la criada le oyó.

—Annette — dijo Manina —. ¿qué le pasa? ¿Qué son esos gritos?

—No lo sé, señorita, iba andando, venía distraída, he tropezado con estas cajas que ha dejado el señor aquí...

—Tiene usted un modo muy original de presentarse — dijo Mario —. Tráiganos algo para beber sin hacer juegos de manos.

Annette regresó a la casa entre asustada y curiosa y los dos enamorados quedaron solos.

—¿Qué contienen esas cajas, Mario? — preguntó Manina, joven y bonita muchacha a quien él quería de verdad.

—Son las sorpresas del miércoles.

—Mario, quería decirte que soy muy dichosa y quisiera gustarte.

—Bueno, ya me gustas y tú lo sabes.

—Nunca estoy segura, ¿comprendes? Las demás mujeres, a las que tú estás acostumbrado, no tienen que recordar más que lo que ya dijeron a otras, pero yo tengo que inventarlo y temo equivocarme.

—Oye Manina, no nos mintamos jamás... no seamos jamás mentirosos...

—¿Crees tú que que con algunos «jamás» como esos, se formará la palabra «siempre»?

—¡No digas esa palabra!

—¿Por qué?

—Porque soy un poco supersticioso.

Mario y Manina sostenían este diálogo propio de los enamorados mientras en el comedor Annette intentaba averiguar quien era aquel extraño visitante.

—¿Qué hace usted aquí?

—¡Silencio!

—¿Quién es usted?

—¿Es usted capaz de guardar un secreto? ¡Bien, pues guárdelo!

—Ya lo sé..., usted es periodista. Viene para sacar fotografías. ¿Con qué? ¿Dónde está el aparato?

—Aquí..., detrás la corbata — dijo Maxime estirando hacia delante su lacito.

—¡Oh! ¡Formidable! Entonces la gente no se da cuenta de que le han fotografiado.

—No, nunca.

—Debe usted sorprender caras bien raras. ¿Me ha retratado a mí? Voy a salir horrible porque no estaba preparada. Preferiría que me hiciera otro retrato así — y la doncella adoptó una pose romántica.

—Un momento, un momento, no se mueva — dijo Maxime



y una vez más estiró hacia adelante el lazo de la cortaba que llevaba sujeto con un elástico —, gracias, ya está.

—Soy yo quien debo agradecer — dijo Annette.

—No hay de qué.

—¿Me dará una ampliación?

—Sí... pero con una condición: que se arregle usted de forma para que yo pueda tomar unas fotos de Mario Dacosta...

—Conforme. Sígame usted, pero tenga cuidado, que no le vean.

La dancella salió al jardín con una bandeja con los refrescos y Maxime la seguía a poca distancia escondiéndose entre los árboles. Al fondo de la avenida, en una plazoleta rodeada de árboles se vela a Mario que cantaba y a Manina vestida de andaluza.

—¿Qué están haciendo? — preguntó Maxime intrigado.

—Juegan a viajes.

—¿Qué quiere usted decir?

—Fue una idea de la señorita. A ella le gustaria viajar y el señor le sigue la corriente. Hoy estamos en Egipto, hop y estamos en el Japón...

—Hop, ya está usted en la China — dijo Maxime dándose cuenta de lo que se trataba.

—Yo no; ellos. El miércoles pasado estábamos en el Perú. Todas las miércoles es lo mismo.

—Hoy están en España, la evasión, el ensueño, nuevos horizontes, partir..., partir siempre...

—Pero no se van, esto ocurre siempre en el jardín.

—¡Chiquitín! ¡Chiquitín! ¡Chiquitín!

—Sí, son muy graciosas. Si quiere usted tomar dos o tres fotos espere a que esté yo allí, me pondré junto a ellos, pero por lo que más quiera [que no le vean! Me echarían de la casa y a usted también.

—Pues tengo que hablar con él. Es un asunto urgente.

—Ni piense en ello — dijo Annette convencida —. Hablarle, molestarle, aquí en pleno viaje..., mataría a su padre.

—¡No está mal eso! — comentó Maxime.

—¡Oiga como canta el señorito!

Efectivamente, mientras Marina bailaba, Mario entonaba una de sus mejores canciones.

### CITA EN GRANADA

Tengo cita en Granada  
y con el cielo andaluz  
que ha puesto en mi fachada  
por teja cruzada  
mi amor y mi cruz.

Que la Alhambra y su  
donde quiera que fui  
fueron mis confidentes  
en noches ausentes  
ausentes de ti.

¡Ay Granada, Granada!  
Recordarte es volver  
aunque no quede nada  
de la noche amada  
de aquella mujer.

Ya sé que estás junto a mí  
y que no te perdí  
mi novia granadina  
gracia y valor de Albaicín.

Siempre a Granada volví  
y a mis anchas viví.

Virgen de las Angustias,  
mírame, tú, mírame tú  
en tu Camarín de luz...

Tengo cita en Granada  
con el cielo andaluz,  
que ha puesto en mi fachada

por reja cruzada  
mi amor y mi cruz.

Que la Alhambra y sus fuentes  
donde quiera que fui  
fueron mis confidentes  
en noches ausentes,  
ausentes de ti.

¡Ay Granada, Granada!  
recordarte es volver,  
aunque no quede nada  
de la noche amada  
de aquella mujer.

Letra de: J. M. de Arcoamena.

Música de: Francis López.

—¡Quédese ahí! —ordenó Annette, y Maxime no tuvo más remedio que obedecerla.

La camarera llegó adonde estaban sus señores y Mario la miró severamente.

—¿Lo ha traído todo sin romper nada? ¡Magnífico! Está usted progresando mucho.

—Si el señor lo dice...

—Annette ¿que le pasa? —preguntó Manina—. ¿No se encuentra bien.

—Sí, señorita, pero no se...

—Bien, pues vuelva a recuperar el sentido común y recoja todas esas cajas donde hay los trajes de andaluz. Desde luego, Annette, se está usted portando muy mal.

Después de esta amonestación, Manina cogió el brazo de Mario y empujaron el camino de la casa. Cuando se hubieron alejado un poquito, la camarera empezó a llamar al fotógrafo en voz baja.

—¡Fotógrafo! ¿Dónde está?

Maxime salió de un matorral donde se había escondido.

—Oiga, vaya a mariposar por otro lado. ¡Márchese de aquí! ¿Oye? No quiero perder mi colocación por culpa de usted.

—Paciencia, muchacha, paciencia, —decía Maxime sin darse cuenta de que el forzudo jardinero de la finca le seguía los pasos.

—¿Paciencia ha dicho? Ya verá lo que hago con usted.

Annette se abalanzó contra Maxime y el jardinero se apresuró a lanzarle al otro lado del muro con una ligereza asombrosa. La víctima no se había dado cuenta de la presencia del jardinero y cuando cayó al camino exclamó:

—¡Oh! ¡Vaya una mujer!

—Ha caído usted muy bien, —dijo el chufar que esperaba paciente el regreso de su cliente.

—Siempre acostumbro a caer con gracias.

—Me refería a que ya era hora de que saliera. Bien, ¿tráe usted el dinero?

—No, pero he encontrado una fortuna. Una mujercita extraordinaria... de una fuerza hercúlea y está perdiendo el tiempo haciendo de camarera. Mañana vengo a contratarla. Ha sido ella la que me ha tirado así.

—¿Intenta usted burlarse de mí?

—Nada de eso, —respondió Maxime con su peculiar suavidad que siempre le daba buen resultado —. Va usted a llevarme donde me recogió y entonces se arreglará todo, porque tengo una idea maravillosa.

—¡Vaya un día! —exclamó el mecánico poniendo de nuevo el coche en marcha dirección a París.

—¡A quién se lo dice usted! Figúrese que me coge por el pescuezo, hace así... y anda... a la calle.

Mario y Manina, completamente ajenos al combate de lucha libre que había tenido lugar en su jardín, estaban hablando en el interior de la casa. Ella estaba un poco recelosa y él empezaba a impacientarse.

—Oye, la verdad, eres una muchachita demasiado romántica.

—¿Por qué? Porque pienso con frecuencia en la noche en que



nos conocimos. Yo miraba a una estrella y tu me dijiste: — No la mire demasiado, no podría regalársela.

—Sí, eso lo había leído en una novela.

—Pues resultó muy galante.

—Me parece que sueñas demasiado.

—Es posible. Pero tu no me conoces, no conoces nada de aquí. Fíjate, nuestro jardín, no conoces ninguno de sus bellos rincones.

—¿Lo crees así?

—Las sombras, los colores, la historia del pozo, la infancia del rosál, el posado del camino...

—Pero ¿Quién te ha contado todo eso?

—¡Yo! Lo he inventado todo y ahora me lo creo.

—Pues voy a decirte cómo acaba tu sueño. Hubieras debido fijarte durante más tiempo y habrías visto que el pájaro vuelve siempre a la misma rama, al mismo nido... yo también he soñado con lo mismo y me acuerdo perfectamente.

—¿Y entonces?

—Eso es todo.

—Fíjate... que yo no te hago preguntas.

—Ni yo tampoco.

—Es que yo tendría mucho que decirte, una chica como yo tiene historia, una joven es como una cosa aparte, que se aburre, que se impacienta y que espera...

—¿Espera la estrella?

—Sí, porque los sueños de una muchacha son siempre como cuentos de hadas.

—El más lindo cuento de hadas lo viví en mi infancia, era algo maravilloso, carreteras, un carricoche y un circo. Los niños tienen osos de trapo y yo los tuve de verdad y verdaderos payasos y elefantes, Leones... y además tenía a Maximo, mi padre adoptivo, que me educó, que no vivía más que para mí. No podía desear una cosa que no me la trajera en seguida...

—¿Y ahora?

—El cuento de hadas continúa contigo. Escucha, voy a contarte mi último éxito...

## "ROMANCE DE AMOR"

Danza, danza mi romanza,  
deja que mi amor te alcance,  
en la alegre juventud  
donde estás tú.

Danza, danza mi romanza  
va contigo mi esperanza,  
en la alegre juventud  
donde estás tú.

El cancion que perdía  
contigo haré  
al son de mi melodía  
te llevaré.

Danza, danza mi romanza  
va contigo mi esperanza  
en la alegre juventud,  
donde estás tú.

Dicen que en el amor  
partir es olvidar;  
para nosotros dos  
es mentira el refrán.

¡Ay, por qué tu fulgor  
vino a ser mi mensaje!  
Las nubes que tú abres.

Danza, danza mi romance,  
deja que mi amor te alcance,  
en la alegre juventud,  
donde estás tú.

Danza, danza mi romanza,  
va contigo mi esperanza,  
en la alegre juventud  
donde estás tú.





MARIO LACOSTA



—¿Dónde está la sofía-  
rita?



—¡Chiquitín! ¡Chiqui-  
tín! ¡Chiquitín!



—¿Qué contienen esas  
cajas, Mario?

—Son las sorpresas del  
miércoles.

Mario Lacosta, el rey  
de la canción.



—Tiene usted un modo  
muy original de presen-  
tarse.



—Annete, ¿qué le  
pasó?





El astuto Maxime iba  
desgranando su opinión  
y veía cómo sus palabras  
impressionaban a Manina



Manina preparada pa-  
ra bailar.



—Y ahora añade usted muchos recuerdos al señor Saintel, que es un hombre encantador.



—Hoy están en España, la evasión, el ensueño, nuevos horizontes.





Ahora ya estaba segura de que sólo cantaba para ella.



Todas las coristas estaban en escena, y de repente apareció María cantando.



MANINA

...la ...  
...  
...  
...  
...

El camino que perdía,  
contigo haré  
al son de mi melodía,  
te llevaré.

Danza, danza mi romance,  
va contigo mi esperanza  
en la alegre juventud  
donde estás tú.

Letra de: *J. M. de Arozamena*.

Música de: *Francis López*.

### EL DINERO NO APARECE

Maxime era un hombre que no perdía nunca la serenidad. El taxímetro marcaba una cifra fabulosa para un hombre que no llevaba un franco en el bolsillo y a pesar de todo él hizo que el coche le dejara de nuevo ante el bar donde lo había tomado y que le esperara.

—¿Qué, señor Maxime, ha ido bien eso? — preguntó el «barman» al ver llegar a su cliente con aire de triunfador.

—¡Oh, qué día! un whisky, por favor.

—¿Qué le pasa a usted? ¿Le han recibido mal?

—¡No! Muy bien; cuando marché, insistieron en acompañarme hasta la puerta, no querían soltarme.

—Y ¿luego qué?

—Nada, me dejaron.

—¿Y mi dinero?

—¡Ah! Eso, por el contrario, no han querido dejármelo.

—Pero ¿ha visto o no ha visto a su hija?

—Más bien he visto a su doncellita, créame, amigo, esa mujer hará mi fortuna.

Mientras hablaban se acercó una señorita al bar.

—¿Tiene usted cigarrillos? — preguntó.

—Lo siento, señorita, ya no me quedan.

—Aquí están los cigarrillos — dijo Maxime sacando una magnífica pitillera de oro —, son egipcios. ¡Qué lástima, ya se ha marchado! — añadió viendo salir a la joven.

Maxime continuaba con la pitillera en la mano y el «barman» vió una manera de cobrar. Sin darle tiempo a metérsela en el bolsillo la cogió y la depositó en el suyo.

—¡Oiga! ¿Qué hace usted? ¡Eso es de oro!

—Ya lo sé..., por eso me la guardo.

—Imposible, la pitillera no es mía... es de mi hijo.

—Dígame que me dé mis cincuenta mil francos y le devolveré la pitillera. Esta es mi última palabra.

—No querrá usted ahora que vuelva a Las Glicinas — dijo Maxime y entonces se dió cuenta de que entraba el chofer.

—¡Ah! Este hombre es quien me trae suerte.

—¿Sí? — dijo el chofer —. He venido a ver si se había marchado.

—¿Por quién me ha tomado usted?

—¿Tiene ya el dinero para pagarme?

—¡Vaya manía la que tiene!

—¿Todavía no me paga?

—¡No! Mientras espera, tome una copa.

—¿Quién la paga? — preguntó el mecánico.

—El «barman» — contestó Maxime —. Oiga, la pitillera... que ha tenido la bondad de aceptar... vale más de cincuenta mil francos...

—Sí, sí, debe valer a lo menos unos...



—Mucho más que eso, de modo que a cuenta de la diferencia déme usted unos cuantos billetes.

—¿Todavía más dinero?

—¿Cómo, todavía más? Posee usted una prenda de calidad...

—Sí, pero ya sabe usted señor Maxime, que si la vendo, como es una joya, cuando uno se va obligado a vender, el comprador siempre se aprovecha.

—No tendremos que llegar a eso... y no me obligue usted a decirle que está prohibido el préstamo prendario.

Er «barman» sacó varios billetes del cajón.

—Tome usted... a cuenta.

—Gracias, no se moleste, ya volveré a buscar la pitillera.

Salió Maxime del bar y allí estaba el chofer esperando.

—¿Busca usted algo? — preguntó Maxime.

—Sí, mi dinero.

—El dinero... ya no me acordaba, — y sacó todos los billetes que le acababa de entregar el encargado del bar y empezó a contarlos. En el Monte de Piedad me hubiesen dado más, sí, es cierto, son más generosos. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... ¿está bien?

—Sí, señor, claro que sí.

—¡Es que yo soy así!

—Si me necesita otra vez, aquí tiene la dirección del garage.

—Sí, volveré a llamarle, — dijo Maxime sonriendo, — me ha traído usted suerte.

—¡Ah... tanta mejor!

—Sí, puedo señalar el día de hoy con piedra blanca, he hecho un descubrimiento.

Aunque Maxime se sentía optimista con los billetes que le había entregado el «barman» la idea de que este refuviera la pitillera de Mario le tenía intranquilo pues le era indispensable rescatarla. No era hombre de privarse de dormir por tales minucias y regresó a casa seguro de que al día siguiente sacaría de su hijo todo el dinero que le hiciera falta.

Mario había regresado a casa el mismo miércoles por la noche, pero Maxime no lo veía hasta el día siguiente y le era indis-

pensable verle por lo que en cuanto oyó movimiento en la casa se vistió para irrupir en la habitación de su hijo o esperarle a la hora del desayuno. Optó por lo primero y encontró a Mario vestido, casi a punto de marcharse.

—¡Vaya, papá! ¿Ya te has levantado? ¿Supongo que no estarás enfermo?

—¿Yo? ¡Creo que no! ¿Y tú? ¿Has pasado bien el miércoles?

—Sí, sí, gracias.

—¿Has tenido buen tiempo?

—Sí, bueno... sí, muy buena.

—¿No quieres tomar un poco de Oporto?

—No, gracias, no tengo ganas de nada, ni necesito absolutamente nada... al contrario, tengo la impresión de que eres tú quien necesita algo...

—Yo no, acaso él.

—¿Quién es él?

—Pues él, el «barman».

—¿Qué «barman»?

—El que tiene tu pitillero.

—¿Qué pitillero?

—La de oro... la que cogí para poner mis cigarrillos.

—¿Le has dado esa pitillero al «barman»?

—No se la di yo... la tomó él.

—Y ¿por qué la tomó? Naturalmente, porque le debías dinero otra vez, ¿no?

Dime ¿cuánto es?

Cincuenta... sesenta... ochenta...

—Bueno, basta... por hoy.

—Sí, eso no está mal, no... pongamos ochenta y no hablemos más de ello.

—Dime... ¿Qué autor es el que dijo «mi padre es un niño que tuve cuando yo era pequeño»?

—No lo sé, pero tiene gracia.

—Fue Alejandro Dumas, hijo.

—¡Ah, sí! Alejandro Dumas, hijo.

—Toma.

—Gracias, muchacho... eres un buen padre.

—Y tú un buen hijo.

—¡Ah! Me encuentro en plena forma.

—¡Bien! ¡Magnífico! ¡Continúa!

—Hombre, verás; justamente ayer conocí a una mujer... una mujer pequeñita, pero ¡qué fortaleza!

—Por favor, no necesito que me hagas confidencias.

—Si no es lo que tú crees. Puede levantarme en vilo y lanzarme a más de cinco metros.

—¿Ah, sí? ¿Y eso te divierte?

—No, me hace pensar... Esa es la mujer de mi vida.

—¿Qué?

—Que es la mujer de mi vida. Con un barrocón en la Feria del Trono está asegurada mi fortuna. Ella hace todos los esfuerzos y yo no hago ninguno... no, yo me siento detrás de la taquilla.

—Vaya, quieres hacer otra vez como con aquel enano... cuando le contrataste, era un pulgarcito y dos meses más tarde era más alto que tú.

—Era un enano falsificado... era un hipócrita.

—¿Y se puede saber dónde has encontrado a esa mujer extraordinaria?

—Eso es un secreto... algún día tendrás fatalmente que saberlo, pero es un secreto. Me voy, me voy, porque quiero empezar desde esta misma mañana el entrenamiento de esa mujercita... uno, dos, uno, dos... Adiós, chico, adiós.

## UN ATAQUE DE CELOS

Conocida de Maxime la finca Las Glicinas, y sabedor de que allí encontraría a la mujer atleta que iba a forjar su fortuna, se presentó ante la verja, no se molestó en llamar, porque ya suponía que no le contestarían, y saltó la tapia como el día anterior. Fué a aterrizar a los pies de Manina que estaba en el jardín cuidando las flores.

—¡Oh! — exclamó asustada al ver a aquel desconocido que se levantaba del suelo frotándose las rodillas — Vaya una forma de presentarse en una casa extraña... Me parece un procedimiento poco caballeresco.

—¿Caballeresco? ¿Y por qué no? Yo he servido en caballería y cuando salto una tapia, recuerdo mi juventud.

—Señor, ha entrado usted por la tapia, pero va a salir por la puerta.

—Perdón, permitame que me presente, Maxime... Maxime Saintal.

—¿Qué? ¿Es usted el padre de Mario? Entonces vendrá usted seguramente a hacerme reproches.

—No, no. Yo no soy un padre a la antigua usanza... nada de eso, al contrario.

—Estoy confusa, — dijo Manina, — no sé cómo excusarme.

—Eso no tiene ninguna importancia, se olvida uno de todo, y vuelve a empezar.

—Buenos días... cuánto tiempo hace que no nos hemos visto, que agradable acogida, tengo estas flores.



—Es usted realmente muy indulgente. Mario me ha dicho que es usted muy original.

—Sí... y ahora usted ¿empieza a creerle?

—Buena, ¿y a qué debo el placer de esta visita?

—¿Cómo?

—¿El deseo de conocerme?

—Sí, eso es.

—¿De ver como vivo aquí? ¿Cómo estamos instalados?

—Exactamente... porque a mí me interesa toda, la verdad, el tren de la casa, los criados...

—Entonces, muy bien. Con mucho gusto le voy a hacer visitar este pequeño reino...

—Del que es usted la adorable majestad.

—¡Ay! El rey viene de tarde en tarde... Permitid que la reina cambie su bata por un vestido de corte, a fin de recibir dignamente a un gentilhombre muy...

—¡Chiquitín! ¡Chiquitín! ¡Chiquitín! Alteza.

Marina se retiró en la casa para cambiarse de traje y Maxime aprovechó el momento para ver si encontraba a Annette. No tuvo que investigar mucho. La encontró en el salón, cambiando el piano de cola de sitio. La admiración de Maxime todavía subió de punto al ver cómo la doncellita hacía correr el piano. No se dió cuenta de que debajo andaba el jardinero, arrastrando el pesado instrumento.

—¡Ah! ¡El fotógrafo! ¿Ha traído mis fotos?

—¡Silencio! Le traiga algo mucho mejor que eso... la gloria... la fortuna.

—¿A mí?

—Va usted a conquistar París... no, más aún, el mundo entero...

—¿De veras? ¿Entonces me va a poner en las portadas de las revistas?

—Pero ¿qué significa esto? — preguntó Maxime al ver que el piano no cesaba de adelantar.

—Es Julio, el jardinero, quien lo arrastra.

—¿Entonces no fué usted quien me lanzó al otro lado del muro?

—No, señor, yo no me hubiese permitido nunca...

—¡Vaya! Cada vez más. ¡Chiquitín! ¡Chiquitín! ¡Chiquitín! Se oyó la voz de Manina.

—Annette, sirvanos el aperitivo en el jardín. Dispense este desorden, señor Saintal, si lo prefiere pasaremos a la terraza.

Annette se quedó mirando a su señorita y a Maxime.

—Ahora esta... la verdad, no entiendo nada.

Sentados en la terraza, saboreando el aperitivo, Maxime contaba cosas de María que más bien inquietaban a Manina.

—Yo ya se que canta para muchos miles de mujeres... y, sin embargo, tengo siempre la impresión que sólo canta para mí... que piensa en mí... es un poco ridículo.

—Yo de eso no se nada, yo, cuando canto, no pienso en nada, no... pero usted debería ser un poco menos exigente, cada semana canta para usted sola y la lleva de viaje, Méjico, China, España, a mí también me agradaría evadirme... tener mi mujer-cita de los miércoles.

—La mujer de los miércoles ¿se refiere a mí?

—Sí, es bonito, suena bien, la mujer de los miércoles, es mucho mejor que «la mujer de todos los días», «la mujer de la semana», ah, claro que puede tardar demasiado tiempo... Hay que esperar seis días.

El astuto Maxime iba desgranando su opinión y veía cómo sus palabras impresionaban a la pobre Manina.

—¿Es que usted cree que para María no es mucho esperar? —preguntó ella.

—No, es que él tiene mucho que hacer, los ensayos, el teatro, los cócteles y luego, naturalmente, hoy una, mañana otra, le esperan a la salida. Las cosas son así ¿no se lo figuraba usted?

Este último párrafo del viejo rey del circo hirió profundamente a la joven, quien no intentó disimularlo.

—Le confieso que no me lo imaginaba así. Yo salgo muy poco y no conozco la vida que lleva María en París.

—Comprendo, es curioso y quizá es mejor que sea así, —dijo

Maxime como quitando importancia al asunto — Entonces, ¿usted está siempre aquí, sola? Desde luego esto finca es hermosa, tiene usted un lindo jardín, pero a esto le debe faltar movimiento, sorpresas. Yo no podría vivir aquí, necesito agitación, soy nervioso, usted en el fondo no es una mujer moderna.

Maxime se levantó de la silla, andaba arriba y abajo como si fuese un león enjaulado.

— Soy una mujer feliz, sencillamente.

— ¿Aunque no le vea más que los miércoles? Perdone, voy a ser indiscreto. ¿Por qué no le ve usted con más frecuencia?

— ¿Con más frecuencia? — repitió Manina desconcertada —. Pues no se, eso no depende de mí. Como usted decía hace un instante, él tiene, digamos, otras ocupaciones.

— ¿Yo he dicho eso?

— ¿Tendría usted la bondad de dejarme ahora? — suplicó Manina, que ya no podía resistir más.

— ¿Tal vez la he molestado?

— No, no, en absoluto.

— Le suplico que no me acompañe, sabré encontrar la puerta sola.

Maxime abandonó el jardín y Annette le acompañó hasta la verja sin pronunciar una sola palabra. ¿Tal vez había hecho mal en hablar tan ligeramente a Manina? No lo hizo con mala intención, pero el veneno ya estaba produciendo efecto.

## UNA VISITA INESPERADA

Cuando Maxime desapareció de Las Glicinas, Manina permaneció largo rato en el jardín pensando en todo lo que le había dicho Maxime, y no podía menos que darle la razón. Allí estaba ella, casi secuestrada, sin saber nada de lo que ocurría a pocos kilómetros de su casa, en París, donde Mario triunfaba ante multitud de hombres y mujeres... sí, mujeres que le admiraban y le esperaban a la salida de la función.

Manina se decidió rápidamente, vistiéndose, pidió un taxi al garage y dio la orden de que la llevara a París en seguida.

Mario se encontraba en una estación de televisión, cantando su número a la moda, y el nuevo medio de transmisión hacía que no solamente se le oyera, sino que se le viera en infinidad de hogares.

Sonó el timbre del teléfono.

—Sí, aquí la televisión, diga, ¿el señor Docosta? No sé si habrá llegado. Un momento, no cuelgue usted el aparato, aquí viene.

—Gracias, diga, diga. ¿Cómo? ¿Eres tú, Manina?

—Sí, Mario.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Qué quieres verme ahora? Pero si ya sabes que es imposible, bueno, es muy difícil. ¿Qué es urgente, muy urgente? ¿Y no puedes decírmelo por teléfono? ¿No? Bueno... bien, iré, claro está.

Esta conversación unilateral la estaba escuchando una mujer elegante, una de las eternas admiradoras del ídolo, que se había hecho ilusiones de ir a almorzar con él.



Cuando Mario colgó el aparato se la encontró a su lado.

—¿Qué le pasa, Ivonne? — preguntó él, divertido, al ver la expresión de desespero de aquella mujer.

—Mario, por favor, usted no puede hacerme esto — dijo Ivonne.

El la miró interrogativamente.

—Durante varias semanas, meses, he esperado este instante, toda mi vida no ha sido más que una espera prolongada...

—La lamento, Ivonne.

—Si usted se marcha, no lo podré resistir, me moriré, no es la primera vez que me ocurre esto... y usted será el responsable.

Ivonne terminó su terrible frase y se desplomó sobre el sofá.

Mario encontró muy oportuno el desmayo, y entregándole su sombrero a un empleado, dijo:

—¡Toma, abanícala! — y sin esperar a que la romántica volviera en sí, salió disparado hacia donde le había dicho Manina.

Le esperaba en un restaurante del Bosque de Bolonia, y allí la encontró Mario sentada ante una mesa. Le sonrió al verla.

—¡Hola, buenos días! — dijo ella.

—¡Buenos días, tráigame un Martini, — esto último dirigiéndose al camarero — Bien, ¿qué es lo que ocurre?

—Nada, quería verte, tenía ganas de verte en seguida...

—Es muy agradable.

—...y temía que tú no vinieras.

—¡Vamos! ¡Qué niña eres!

—Tengo muchas cosas que decirte, si tú supieras. Hace poco, antes de que llegaras, todo me parecía muy fácil y ahora no sé cómo empezar.

—Me gusta mucho este vestido que llevas.

—No seas demasiado amable, sino acabaré por temer que tienes algo que hacerte perdonar.

—Buena, pues entonces me callo, no digo nada más. Escucho.

—Te diré, en primer lugar no me sentía con ánimos para esperarte toda una semana, quería...

—¿Qué es lo que querías?

—Quería, aunque sólo fuera por una vez, encontrarme en un

sitio así, como todo el mundo, quería estar junto a ti, en París en la calle, en cualquier parte.

A cada palabra de Martina se ensombrecía más el semblante de Mario.

—¡Vaya! ¡Vaya! Y estas ideas nuevas ¿se te han ocurrido así de repente? ¿O es que alguien te las ha sugerido?

—¡No, nadie! Pero es que como me dejas sola toda la semana, he acabado por preguntarme ¿por qué no salimos alguna vez juntos?

—Oye, de todo esto hablaremos en otra ocasión. Ahora serás razonable y volverás a casa. Ya tengo un ensayo y es preciso que me vaya. Camarero... ¿cuanto es?

—Dóscientos sesenta francos, señor.

—Oye Mario, no quieres que un domingo vayamos.

—Tú ya sabes que los domingos tengo aun menos libertad que los demás días.

Entonces ¿no podemos salir nunca? ¡Tanto como me gustaría salir contigo!

—Sí, ya lo sé; en París, en la calle, — dijo Mario impaciente —, pero, créeme, estás allí mucho más tranquila, tienes el jardín...

—Es cierto, tengo el jardín, pero siempre estoy sola, sin sorpresas... y esta noche, ¿no puedo ir a verte al teatro?

—Ya te he dicho muchas veces que no quiero que te mezcles en esta clase de vida.

—Después del teatro, ¿no podríamos ir a cenar juntos?

—Después del teatro, no puedo.

—¿Y otro día?

—Tal vez... adiós.

Mario no esperó más y se alejó de donde había quedado Martina en pie junto a la mesa.

—¡Desde luego, no soy más que la mujer del miércoles!

Se acordó de que estaba en la calle, de que alguien podría observarla, y se alejó rápidamente de allí.

Maxime y el chofer que le había llevado a Las Glicinas el pri-

mor día, se habían hecho amigos inseparables y aquella noche le conducía al teatro porque tenía deseos de oír cantar a Mario.

Saltó el viejo verde del taxi con la misma prosopopeya que si se apeara de un Rolls-Royce y dijo al taxista:

—¡Espéreme!

—¿Puedo ir a tomar una copa, mientras tanto?

—Tome todas las que quiera, pero antes pare el taxímetro.

El portero saludó respetuosamente a Maxime y le abrió la puerta.

—Buenas noches, señor Maxime.

—Buenas noches, muchacho, ¿va bien esto?

—Como siempre, no hay localidades.

—¿Falta mucho para terminar?

—Ahora va a empezar el último cuadro.

—Gracias, entraré, buenas noches.

La sala estaba a oscuras y el escenario resplandecía. Todas las coristas en escena bailando, y de repente apareció Mario Dorosta cantando su gran éxito:

“NENA”

Cuando mi amor busque tu amor  
mi corazón le va a girar,  
la meladía que un cantor  
canta por ti a una mujer.

Nena,

hagamos los dos,  
con nuestra ilusión  
un canto de Dico.

Nena,

tu culpa no fue  
al yo te aducí  
sin quererlo yo.

Pierro

que en esta canción  
te va mi verdad  
como una gracia.

Tú vendrás  
a buscar el amor  
allí estará mi voz  
mi voz para cantar.

Vida,  
mi vida es así  
feliz para ti  
sólo para ti.

Vida,  
mi vida es así  
feliz para ti, sí,  
sólo para ti.

Pienso  
que en esa canción  
te va mi verdad,  
como una oración.

Tú vendrás  
a buscar el amor  
allí estará mi voz  
mi voz para cantar.

Vida,  
mi vida es así  
feliz para ti,  
sólo para ti.

Vida,  
mi vida es así  
sólo para ti, sí,  
sólo para ti.

Letra de: J. M. de Arzamena.

Música de: Francis López.

Maxime se colocó en una butaca de última fila y al poco rato, con la vista habituada a la oscuridad, miró a su alrededor. A su lado estaba Marina.

—¡Caramba! ¿Usted por aquí? ¡Pero si yo creía que usted no salía nunca!

—¡Oh! Estoy aquí por casualidad y preferiría que Mario no se enterara.

—¡Qué tontería! A él le gustará mucho verlo por aquí,



— dijo Maxime ignorante de la escena ocurrida entre los dos jóvenes al mediodía.

—No, no lo creo, — dijo Manina recordando la forma en que Mario la había dejado en el restaurante.

—Sí, sí, ya verá usted.

—No, le aseguro que no, que será mejor que me vaya.

El acto llegaba a su fin y algunos espectadores ya se levantaban.

—¿Por qué?

—No le avisé a Mario que vendría y no quisiera que se molestara.

—Esto no tiene importancia deje que yo me ocupe de ello. Por otra parte tampoco me espera a mí, le vamos a dar la gran sorpresa.

Terminó la función y Manina y Maxime salieron juntos del teatro y se dirigieron a la puerta de entrada del escenario para aguardar la salida de Mario. El gran coche del artista estaba esperando, Manina y su acompañante permanecieron a cierta distancia. El famoso taxi también estaba a punto para cargar de nuevo a Maxime. La puerta del escenario se abrió y cerró muchas veces y al fin apareció Mario... acompañado de una hermosa mujer.

—Ea, mírela... venga, — dijo Maxime.

—No.

—Pero ¿por qué?

—Porque ahora ya se por qué él no quiere que me mezcle con esta vida...

—Esta vida no tiene ninguna importancia. ¿No será esa mujer lo que la preocupa a usted?

—Ya lo veo, hoy una, mañana otra.

—No, mujer, usted y solamente usted es a la que quiere, yo voy a arreglarlo todo. Espere aquí un instante, — dijo Maxime, y se dirigió adonde estaba Mario dispuesto a montar en su coche.

Manina aprovechó el momento de encontrarse sola y subió al taxi.

—¡A las Glicinas, a toda marcha!

—Sí, señorita, ya sé dónde está la finca.

## UN CORAZON ENAMORADO

Maxime, alegre y sonriente como era su natural, hizo una seña a su hijo para que no se pusiera en marcha.

—¡Hola! ¿Qué haces aquí? ¿Qué es lo que ocurre? ¿Pasa algo malo?

—A mí no me pasa nada, pero a ella...

—¿Quién es ella?

—Mira, hacia allí.

—No veo nada —dijo Mario nervioso—. ¿A qué vienen ahora estas bromas?

—¡Oh, pobrecillo! Ha desaparecido —dijo Maxime mirando el sitio donde la había dejado—. Tengo que encontrarla.

Mientras el taxi corría, el chofer tuvo un momento de duda.

—¿La ha mandado el señor Maxime? ¿Pero, a mí quién me pagará?

—Yo le pagaré, pero no me interrumpo que tengo mucha prisa.

—¡Qué familia! —murmuró el chófer en voz baja.

Maxime miró y buscó sin encontrar huella de la pobre Manina, por lo que decidió ir a cierto restaurante seguro de encontrar a Mario y explicarle lo ocurrido.

—Le halló bien acomodado en una mesa ríconera con Denise y esta loca de alegría al poder ir escoltada por el cantante de moda.

—Yo adoro el español, es una lengua rica, de encanto, de poesía... dígame usted alguna cosa en español.

—La cosecha de patatas no ha sido mala este año, — dijo Mario.

—¿Y eso qué quiere decir?

—¿Qué es usted encantadora, Denise.

—¡Qué bien suena esto!

Maxime fué de un lado a otro del restaurante hasta colocarse frente a la mesa donde estaba su hijo.

—Un momento, por favor, Denise, — dijo Mario levantándose.

—Como usted quiera.

—¿Qué quieres tu ahora? — le preguntó sin cumplidos.

—Pues verás, estoy en un compromiso... por ti, naturalmente, porque mi vida, por desgracia, no es nada complicada.

—Bueno, bueno ¿y qué más?

—Mis miércoles son iguales a los demás días de la semana, yo no voy a países exóticos y así no me arriesgo a encontrarme a la salida de la función, entre dos mujeres, una que me espera... y otra a quien no esperaba.

—¿Quieres decir que antes estaba ahí Manina? Pero tú ¿cómo la conoces?

—Es una historia muy larga...

—Ahora no importa, ¿dónde está?

—Pues la verdad, estoy intranquilo, no del todo, pero un apóquito, sí, la verdad. Ella estaba muy nerviosa.

—¿Es que me vió con...?

—¡Naturalmente! Era difícil no verte.

—¿Qué es lo que te ha dicho ella?

—Nada, se ha marchado.

—¡Magnífico! Voy a telefonarla.

Si Mario hubiese podido ver lo que estaba pasando en Las Glicinas, no hubiese estado muy tranquilo. Manina sacaba ropa de los cajones y armarios y arreglaba las muletas a toda prisa, acompañada de Annette. Cuando lo tuvo todo a punto, escribió una larga nota que dejó encima de una mesa, ordenó a la doncella que apagara todas las luces y al momento de ir a cerrar la puerta, sonó el timbre del teléfono. Manina vaciló. El timbre seguía tocando.



—¿No contesta usted, señorita? — preguntó Annette.

—No, todo es inútil — repuso Manina saliendo al jardín para cerrar la casa.

Cargadas con las maletas, ama y doncella, seguidas del jardinero, llegaron a la verja donde estaba el taxi esperando, con un chofer impaciente. Cargaron el equipaje y subieron ellas dos. Annette lloriqueaba.

—Hasta la vista, señorita — dijo el jardinero.

—Adiós — contestó Manina.

Mario salió de la cabina telefónica malhumorada.

—¿Hablaste con ella? — preguntó Maxime.

—No, no contesta nadie.

—Puede ser una de estas dos cosas, o que no haya vuelto aún, lo que me extrañaría, o que no piensa volver, lo cual es lo más probable.

—¡Gracias! Tú por lo menos, sabes tranquilizarme.

—Buena, vamos, no pierdas el valor. ¡Haz algo! ¡Claro, no te das cuenta de que la querías!

—Me entran ganas de ir...

—Buena, pues ¿por qué no vas?

—Es que no estoy solo...

—Si quieres, eso lo arreglo yo... ya siempre lo arreglo todo.

—Sí, pero suavemente.

—¡Claro! Ya estoy acostumbrado a esas cosas.

Sin perder más tiempo, Mario subió en su coche y emprendió la ruta de Las Glicinas a toda marcha.

Maxime se acercó a la mesa donde Denise esperaba el regreso de Mario.

—¡Maitre! — dijo Maxime.

—¿El señor desea alguna cosa? — preguntó el maitre.

—Sí, la nota, el abrigo de la señora y un taxi.

—En seguida, señor.

Denise adivinó que Mario no volvería.

—¿Qué nuevas modas son estas? — preguntó indignada desafiando a Maxime.

—Son modas «chiquitina», a sus pies, señora.



Después de haber despachado «suavemente» a la encantadora Denise, Maxime se procuró un taxi que le llevara a Los Glicinas, porque quería saber cómo terminaría aquel embrollo y al llegar allí y ver el coche de su hijo en la puerta, se acomodó en él y se dispuso a esperar aunque viera amanecer.

María al llegar había interrogado al jardinero.

—¿Y la señorita no le dijo nada?

—No, señor.

—Voy a recorrer la casa, ¿No oyó usted la dirección que ella dió al taxista?

—No, señor, no le dió ninguna indicación.

—Está bien.

El infeliz enamorado pasó de una habitación a otra sin encontrar ningún rastro de Manina. Todo estaba en orden tal como le había visto el día antes.

Entró en la habitación de Manina y tampoco allí notó ningún desorden. Miró por todas partes y al fin descubrió un sobre encima de una mesita. Lo resgó precipitadamente y leyó:

«Yo era tan poca cosa en tu vida, que ha sido preferible que huiera. Tú me olvidarás en seguida, el miércoles no es más que un día en la monótona semana y yo no era capaz de seguir esperándote. Quería por una vez, encontrarme contigo, ante todo el mundo, siempre me preguntaba ¿por qué no salimos nunca juntos? Tanto como me hubiese gustado salir contigo, pero siempre estaba sola, sola en mi jardín y esta noche he querido ir a verte al teatro y allí me ha convencido que desde luego, no soy más que la mujer del miércoles.»

María se sentó en una butaca sin saber qué hacer ni qué pensar. Jamás hubiese esperado semejante reacción por parte de Manina. Tal vez había estado injusto con ella por la mañana.

En aquellos mismos instantes, Manina en una habitación de hotel intentaba dormir sin poder conseguirlo. Las palabras de Maxime volvían a martillear su cerebro.

«Tiene mucho que hacer, los ensayos, los cócteles, el teatro y luego, unos días uno, otros días otra... le esperan a la salida. Es así ¿usted no se lo figuraba?»

Cuando cesaba esta pesadilla le parecía oír la voz de Mario con las mismas palabras que le había dicho al despedirse:

«Sí, ya lo sé, en París, en la calle, en cualquier parte, pero créeme, estás mucho más tranquila allá, tienes el jardín...»

Era imposible reconciliar el sueño mientras hervían en su cerebro todas las palabras que había escuchado durante aquel día. Estaba tendida en la cama, mirando al techo con los ojos desmesuradamente abiertos. Los cerraba y le parecía que allí estaba el viejo Maxime con su penetrante voz, destilando veneno en sus oídos.

«Cada semana, canta para usted solo... pero es menester que no sea usted demasiado exigente... claro, pero para usted debe ser mucho tener que esperar seis días...»

Luego le parecía que se entablaba un diálogo a su alrededor y que los dos hombres hablaban a la vez.

«¿Pero cuándo? No tengo un minuto para mí» decía Mario.

«¿Entonces, usted está siempre aquí sola?» preguntaba Maxime.

«No quiero que te mezcles en esta clase de vida».

«Usted no es una mujer moderna».

Este torneo de palabras amenazaba a Manina con volverla loca y pensaba que tal vez levantada cesarían aquellas angustias. Ya amanecía y no había logrado descansar un solo momento. ¿Qué sería de ella en los días venideros si no podía ahuyentar el recuerdo de Mario?

Era ya de día y Mario no había salido de la finca. Maxime se había dormido en el coche y no llevaba trajes de despertar. El

resultado de todo aquello estaba en manos del que menos podían pensar. El chofer del taxi destaralado regresó de vacío a Las Glicinas y vió el bonito auto de Mario ante la verja y a su cliente Maxime durmiendo en él plácidamente.

— ¡Qué familia! — dijo el chófer — A ver si ponemos un poco de orden aquí.

Tocó el hombro de Maxime y este ni se inmutó. Le sacudió con un poco más de fuerza.

— ¡Adelante! — contestó al fin — ¿El desayuno?

— No, señor, nada de eso — contestó el chofer.

La voz no le fué desconocida y al abrir los ojos y ver al taxista se le ocurrió que tal vez iba a cobrarle alguna cuenta pendiente.

— ¿Qué? ¿Quién? ¿Es usted? No tengo dinero... déjeme en paz, es hora de dormir.

— Pero si no me debe usted nada.

— ¿Qué? ¡Ah, no! Vaya, me alegro por usted, pero ¿qué es lo que hace aquí?

— ¡Ah! ¡Buen viaje!

El taxista no sabía cómo empezar y por otra parte Maxime no parecía interesarse mucho por lo que tuviera que decir aquel buen hombre, por lo que se colocó de nuevo en posición cómoda para seguir durmiendo sin hacer caso de nadie.

— Me ha dicho que no le debo nada, pues entonces, continúe su viaje.

— Es que, ya verá usted...

— No hombre, no, no veo nada ni quiero ver nada.

— Es que yo deseaba...

Maxime empezó a roncar ajeno en absoluto a las explicaciones que intentaba darle el chofer.

— Escuche un momento, despierte, señor Maxime.

— Pero ¿qué es lo que quiere usted? No necesito taxi ¿no va que coche tan magnífico tengo?

— Sí, sí. Verá, usted puede decirme que no me meta donde no me llaman...



—Pero ya quiero decirle que si espera usted a la señora de esta villa...

—¿Qué?

—¡Ah! Empieza usted a interesarse... ¿eh?

—Sí, hombre, diga, diga...

—Pues que si espera a esa señora, puede usted volver a dormirse...

—¿Por qué?

—Porque no le molestará nadie.

Maxime se había incorporado y parecía estar muy despierto.

—Parece que está usted muy enterado.

—¡Ya lo creo!

—Diga, por favor.

—Acabo de llevarlas a diez kilómetros de aquí.

—¡Ah! ¿Sí?

—¡Sí!

—¿Adónde?

—¿Tanto le interesa?

—Muchísimo.

—Las he llevado a Valmary, Hotel des Saules.

—¿A Valmary, Hotel des Saules? ¡Vaya una idea!

—La idea ha sido mía, ellas no sabían adónde ir.

—¿Entonces han consultado con usted para el itinerario?

—Sí, porque desde Valmary les será posible tomar un tren y continuar viaje.

—Claro, claro — dijo Maxime despierto del todo y preparándose para bajar del coche —. Entonces usted ha dicho que en Valmary, Hotel des Saules, vaya, vaya...

—¿Le satisface la noticia?

—Sí, muchísimo, sé de alguno que se va a alegrar enormemente.

—¿Quién?

—«Chiquitín», «Chiquitín», «Chiquitín». — y de un brinco traspuso la verja y fué corriendo en busca de Mario.

—¡Vaya familia! — exclamó el chofer.

Maxime recorrió la planta baja de la casa y al no ver por



allí a su hijo subió al piso superior y le encontró en la habitación de Marina.

—¿Qué haces aquí, perdiendo el tiempo?

Mario le miró vagamente sin entender a su padre.

—Acabo de enterarme de dónde se encuentra Marina...

—¿Cómo?

—No importa cómo, ya sabes que para mí no hay situaciones difíciles y que todo lo arreglo «suavemente». ¡Vamos!

—Pero ¿adónde vamos?

—Da órdenes al jardinero de que arregle todo esto porque la señorita no tardará en volver.

El viejo hombre de circo parecía un general dando órdenes y Mario le obedecía ciegamente.

—¡Vamos!

—¿Adónde?

—¡A Valmary, Hotel des Saules!

El magnífico torpedo se deslizaba por la carretera y tragaba los kilómetros. En menos de un cuarto de hora se situó ante el Hotel des Saules, lugar pintoresco en la campiña.

En el vestíbulo estaba Annette muy atareada escribiendo una carta y no se dió cuenta de que entrara nadie. Maxime se colocó a su espalda para leer la que escribía.

—Y ahora añada usted muchos recuerdos al señor Saintal, que es un hombre encantador.

Annette levantó la cabeza.

—¡Señor Saintal! ¡Hay que ver lo atrevido que es este hombre! No puedo darle a usted esta carta, voy a enviarla al señorito Mario.

—Gracias, Annette, ya he llegado — dijo Mario.

—¡Señorito Mario! — exclamó la doncella encantada.

—Gracias Annette, le agradezco esta atención en escribirme.

—Sí, esta pequeña tiene mucho corazón — dijo Maxime.

—¿Qué número tiene la habitación de la señorita?

—En el primer piso, número doce — contestó Annette.

—Esperadme.

Mario llamó a la puerta y no contestó nadie; volvió a llamar y en vista de que no se le hacía caso entró en la habitación. Manina se había escondido detrás de la puerta, adivinando quién llamaba y él empezó a cantar.

Manina salió de su escondrijo y corrió a echarse en brazos de Mario. Ahora ya estaba segura de que sólo cantaba para ella.

En la planta baja Annette interrogaba a Maxime.

—¿Pero cómo adivinó usted que la señorita estaba aquí?

—Fue cosa muy fácil, lo prepararé todo, como de costumbre, cuestión de técnica... además, ya soy muy atrevido, no puede darse una idea, ¿Verdad?

**FIN**

THE L. B. J. 22  
L. B. J. 22  
CONCESSION  
L. B. J. 22

COMPRE  
TODOS LOS SÁBADOS

# RADIO PROGRAMA

Única publicación que inserta los programas completos de las cuatro emisoras barcelonesas: Radio Nacional de España, Radio Barcelona, Radio España y Radio Miramar, de domingo a sábado

DE MUCHO INTERÉS PARA LOS  
RADIOYENTES QUE TOMAN PARTE  
EN LOS CONCURSOS Y EMISIONES  
CARA AL PÚBLICO

Reseña y publicación de los concursos y nombres  
de las personas premiadas.

Sólo cuesta DOS PESETAS

© 1940. Todos los derechos reservados.

4 Ptas.